

NEW LEFT REVIEW 78

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO FEBRERO 2013

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Las clases en el siglo XXI	11
JACOB COLLINS	¿Un giro antropológico?	39
PATRICK WILCKEN	La hora del juicio en Brasil	71
MARIO SERGIO CONTI	El ascenso de los creadores de imágenes	91
ANDREW SMITH	Trabajar cara al público	109
MICHAEL CRAMER	Las lecciones de historia de Rossellini	125

CRÍTICA

JENNIFER PITTS	¿Una geocultura liberal?	147
BARRY SCHWABSKY	Artistas bajo la bandera	157
JAN BREMAN	Historias de Annawadi	164

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



tráficoantes de sueños

CRÍTICA

Katherine Boo, *Behind the Beautiful Forevers: Life, Death and Hope in a Mumbai Slum*, Londres, Portobello Books, 2012, 256 pp.

JAN BREMAN

VIDA Y MUERTE EN ANNAWADI

Las áreas hiperdegradadas son el hábitat *par excellence* de una parte muy considerable de la mano de obra informal mundial. Estos asentamientos pueden ser urbanos o rurales, pero la característica que los define a primera vista es la pobre calidad de la vivienda y la miserable provisión de servicios básicos. No hay escasez de obras sobre las áreas hiperdegradadas, como dejaba claro el panorámico estudio de Mike Davis en *Planet of Slums*. Dentro de esta amplia bibliografía, Bombay en particular –donde las áreas hiperdegradadas que albergan a la mitad de la población ocupan menos de una décima parte del terreno– ha sido objeto de un gran número de estudios. No obstante, la crónica de Annawadi de Katherine Boo destaca como un impresionante relato del trabajo y la vida en los márgenes de la economía urbana. Agazapada a la sombra del aeropuerto internacional de la ciudad, Annawadi nació en 1991 cuando un equipo de trabajadores de la construcción traídos de Tamil Nadu para arreglar una pista de aterrizaje decidieron quedarse allí cuando finalizó su trabajo, levantando un asentamiento a partir de un pantano; su nombre viene de la palabra tamil *anna*, un término respetuoso para «hermano mayor». Sus actuales habitantes viven de las sobras de la opulencia cercana, de la basura de un racimo de relucientes hoteles de lujo, oficinas y edificios del aeropuerto. Si no es recuperando desechos, recurren a hurtar material de obras en construcción o almacenes desperdigados alrededor del aeropuerto.

El descarnado contraste entre Annawadi y la riqueza que la rodea es una de las razones por las que Boo –anteriormente una periodista de *The Washington*

Post que en 2000 obtuvo el Premio Pulitzer por su trabajo sobre residencias para discapacitados mentales y que desde 2001 es redactora del *The New Yorker* eligió este terreno para su investigación. El título algo empalagoso de su libro procede del repetido eslogan de un anuncio de baldosas italianas para suelos, pegado a un muro de cemento que oculta el área de la vista. Una segunda razón para centrarse en este enclave fue su reducida escala, que permitía encuestas puerta a puerta y lo que Boo llama la aproximación de la sociología vagabunda. En el transcurso de más de tres años, desde finales de 2007 a principios de 2011, regresó repetidamente a Annawadi. Seguir las experiencias de la vida diaria a lo largo de un periodo de tiempo tan amplio le permitió que su inicial perspectiva «desde fuera» se aproximara a una perspectiva «desde dentro». Si en cierta medida ha pasado por alto el contexto más general, Boo ha conseguido estar cerca de los altibajos de un pequeño número de hogares sobre los que se ha detenido, y sus relatos están ampliamente documentados.

El asentamiento que ha sido su objetivo está formado por 335 cabañas en las que se hacían más de tres mil personas. Las áreas hiperdegradadas tienen una compleja configuración de clase, y Annawadi no es una excepción. Unos cuantos de los hogares aspiran al estilo de vida de la pequeña burguesía; son los que conectan a otros residentes con los detentadores del poder de la supraciudad –políticos, burócratas y ONG en particular– cuya ayuda se busca para salir de problemas, obtener un beneficio gratuito o protegerse de alguna amenaza. La identidad de clase de la gran mayoría de los habitantes del área hiperdegradada es la de subproletariado, mientras que un resto de desahuciados constituyen el elemento lumpen –comedores de ratas, ranas y maleza– cuya presencia se necesita como recordatorio de que la vida puede ser peor de lo que ha sido hasta ahora. Superpuestos sobre estos modelos socioeconómicos están las identidades confesionales, de casta, étnicas y regionales. Las dos familias centrales en la narrativa son una musulmana y otra hindú, originarias de Uttar Pradesh y del interior de Maharashtra respectivamente, pero el área también cuenta con nepalíes, tamiles y gente de muchos otros lugares.

El relato de Boo se abre con la llegada de la policía a medianoche para arrestar a Abdul Hakim Husain, un joven clasificador de basura, y a su padre, acusados de un falso delito por el que no obstante pasarán un tiempo en prisión durante una prolongada espera hasta que se celebre el juicio. Los hechos que llevaron al fatídico delito y el tortuoso camino posterior de la familia de Husain a través del sistema de justicia penal, forman una de las principales líneas narrativas del libro. La otra se centra en la familia de Asha, un emprendedor militante del Shiv Sena que aspira a convertirse en el cacique de la zona, «y utilizar la inexorable corrupción de la ciudad para ascender a la clase media». Las técnicas de la autora son en última instancia las de una periodista investigadora, aunque durante todo el libro, la prosa de Boo cuenta acontecimientos de la misma manera que lo haría una novela:

lacónicas y evocativas descripciones y diálogos alternando con entregas en un libre estilo indirecto de los sentimientos y pensamientos de un individuo determinado. Solamente al final, en una nota de la autora, aparece la propia narradora y se describe la naturaleza de su interacción con los habitantes del área, como visitante investigadora externa acompañada por colaboradores de la investigación que también hacían las veces de traductores.

Los acontecimientos en Annawadi se retratan a menudo a través de los ojos de jóvenes. Como Boo señala en su nota final, realmente los niños pueden ser testigos más fiables, más abiertos de mente, para discutir las hazañas y fechorías de los adultos, y sus perdiciones. Sin embargo, entre esa misma generación las esperanzas de un futuro mejor están inevitablemente empañadas por el realismo; se puede soñar con caminos que conduzcan fuera de la abyecta pobreza, pero demasiado a menudo resultan ser callejones sin salida. Hay una aceptación en la práctica de que el sentido deseo por ascender desde la subciudadanía a la ciudadanía implica una reclamación de respetabilidad que más a menudo se niega que se reconoce. Sin duda ocasionalmente hay un dinero caído del cielo, unas ganancias inesperadas que traen un alivio temporal, pero pronto dan marcha atrás. El sentido de privación es aún más crudo porque a poca distancia el brillo y el encanto abundan; como dice Mirchi, el hermano más joven de Abdul, «todo a nuestro alrededor son rosas y nosotros somos la mierda en medio».

Para la gran mayoría de los protagonistas de Boo, los contratiempos están a la orden del día. Esta amarga lección tiene mucho que ver con la falta de un trabajo decente y de unos ingresos adecuados para casi todos los habitantes de este área. De los más de tres mil habitantes de Annawadi, solamente seis tenían acceso a un trabajo fijo. ¿Qué clase de plan de trabajo diario tienen el resto de los hombres, mujeres y niños?

Uno por uno, los obreros de la construcción partían hacia una intersección donde los jefes de obra eligen a los trabajadores a jornada. Chicas jóvenes empezaban a enhebrar caléndulas en guirnaldas que pregonarán por la tarde en la hora punta del tráfico. Mujeres mayores cosían parches en edredones de algodón rosas y azules para una empresa que paga por pieza. En una pequeña y sofocante fábrica de moldeado de plástico, hombres con el torso al descubierto maniobran engranajes que convierten cuentas de colores en ornamentos que colgar de espejos retrovisores; patos sonrientes y gatos rosas con joyas alrededor de sus cuellos que ellos no podían imaginar que nadie, en ningún sitio, pudiera comprar. Y Abdul, en cucullas sobre el *maidan*¹, empezando a clasificar la basura adquirida en dos semanas, cubierto por una manchada camisa arremangada sobre su protuberante columna vertebral.

¹ Un *maidan* es un espacio abierto dentro o cerca de la ciudad, a menudo utilizado como lugar de mercado, reuniones, etc. [N. del T.].

Dejando de lado la inadecuada ingesta de alimentos y las espantosas condiciones sanitarias en las que viven, los habitantes del área hiperdegradada tienen que afrontar una contaminación que es tremendamente peligrosa para su salud, ya trabajen al aire libre o en talleres; los términos del empleo son tan pésimos como para que en sí mismos constituyan un peligro más. Las condiciones laborales en una industria pesada de un área hiperdegradada cercana son un buen ejemplo:

Entre las hectáreas de cobertizos de Saki Naka había maquinaria de fundición y de trituración de plásticos, propiedad de hombres con blancas camisas almidonadas, para mostrar la distancia del propietario de la mugre de su negocio. Algunos de los trabajadores de las instalaciones tenían la cara negra por el polvo del carbón, y seguro que también los pulmones de respirar polvo de hierro. Pocas semanas atrás, Abdul vio cómo un niño perdía una mano limpiamente cuando estaba metiendo plástico en una de las trituradoras. Sus ojos estaban llenos de lágrimas pero no había llorado. En vez de ello estaba con su muñón chorreando sangre, perdiendo su capacidad para ganarse la vida, y disculpándose con el propietario de la instalación. «Sa'ab, lo siento», decía al hombre de blanco. «No le causaré ningún problema informando de esto. No le ocasionaré ninguna molestia».

El elevado consumo de alcohol y la adicción a drogas, que para los jóvenes toma la forma de esnifar líquido corrector, son vicios que debilitan su capacidad para trabajar y acaban en una espiral marcada por la lumpenización. La narración de Boo está repleta de enfermedades y heridas, de invalidez crónica o temporal y de una prolongada debilitación del cuerpo o la mente que desemboca en una prematura pérdida de la vida. Esta extraordinaria mortandad se encuentra coronada, sin embargo, por un cierto número de suicidios: mujeres jóvenes que beben veneno para ratas, por ejemplo, incapaces de soportar más la agonía física o mental.

Esto nos lleva a la notablemente baja diversidad demográfica de la población de Annawadi: los ancianos están casi totalmente ausentes y la interacción entre las generaciones se limita a la de los padres con sus hijos. La alta morbilidad que acaba en la muerte a los cuarenta años o poco más no puede ser la única explicación de la falta de abuelos en el área. Una causa más probable parece ser que aquellos que han perdido su capacidad para trabajar, y ya no pueden contribuir a las necesidades de simple supervivencia del hogar, no pueden depender de que los otros miembros se ocupen de ellos. Los hogares pueden de vez en cuando tolerar que haya miembros incapaces de contribuir por completo al presupuesto, porque los episodios de desempleo se producen con frecuencia. Pero hacerse viejo y perder la capacidad de trabajar es una carga demasiado pesada para que la asuma la siguiente generación, y obliga a la gente que afronta esa situación a desaparecer de la escena. Mal equipados para sobrevivir, la mayoría de ellos regresa a su lugar de origen para desvanecerse en una lenta inanición.

El continuo tránsito por Annawadi de gente de toda India es una llamativa característica de este asentamiento. El que se queden o no está condicionado, como explica Boo, por la escasez de trabajo regular: sin tener unos ingresos es casi imposible mantener cualquier posición que hayan establecido en Annawadi. Sin embargo, Boo tiene poco que decir sobre los lugares de origen de esta gente: aunque hizo viajes a las tierras del interior –un capítulo cuenta la visita de Asha y su hija Manju al pueblo de su familia en Vidarbha– está claramente más familiarizada con el área hiperdegradada de Bombay en la que ha centrado su libro. En consecuencia, solo menciona brevemente un abanico de temas –el movimiento maoísta, la oleada de suicidios de agricultores, el programa de empleo público para los pobres rurales, los vanos intentos por encontrar trabajo en la ciudad– que necesitarían más espacio y contexto para ser comprensibles.

La misma diversidad de la población del área hiperdegradada refuerza la necesidad de delimitar identidades claramente separadas. Consolidar los vínculos en virtud de la etnicidad, de religión, de casta y del lenguaje resulta decisivo para buscar trabajo o patronazgo político. Aquellos que simplemente llegan al mercado de trabajo urbano faltos de esos vínculos están condenados al fracaso, como le sucedió a Anil, uno de los primos de Manju que vino del pueblo. Sin vislumbrar ningún futuro como trabajador agrícola, se convirtió en uno más del millón y medio de indios procedentes del campo que anualmente buscan suerte en Bombay:

Cada amanecer estaba con otros buscadores de trabajo en Marol Naka, una intersección cerca del aeropuerto, donde los jefes de obra llegan en camiones para recoger a trabajadores a jornada. Cada mañana llegaban mil hombres y mujeres sin trabajo; unos cientos resultaban elegidos [...] Después de un mes de fracaso se volvió a su casa.

El infortunio económico no es la única razón por la que los emigrantes se van. También pueden quedar de nuevo a la deriva como consecuencia de la agitación política o comunitaria, como la instigada por el Shiv Sena. Esta virulenta organización nacionalista hindú aspira a purgar Bombay de extranjeros –de musulmanes especialmente– pretendiendo reemplazarlos con originarios de Maharashtra. Cuando Boo comenzó su investigación Annawadi solamente tenía quince años de existencia, pero ya habían pasado por allí tres oleadas de emigrantes.

En 2002, los maharashtrianos habían marginado a los trabajadores tameses que fueron los que primero limpiaron el terreno. Pero en un área hiperdegradada una mayoría es algo difícil de mantener cuando prácticamente nadie tiene un trabajo fijo. Los annawadianos iban y venían, vendiendo o alquilando sus cabañas en un próspero comercio subterráneo y, a comienzos de 2008, los emigrantes del norte de India, contra los que se manifestaba el Shiv Sena, se habían convertido en la mayoría relativa.

La última oleada de pobladores vive bajo una inminente amenaza que si se materializa pondrá fin al corto ciclo de vida de Annawadi: el aeropuerto ha sido privatizado, adquirido por un «conglomerado de nombre GVK, preocupado por su imagen» que planea arrasar Annawadi y otros treinta asentamientos para hacer sitio a una nueva terminal. Como cuenta Boo, el Estado de Maharashtra ha prometido realojar a los habitantes que puedan probar su residencia desde 2000, y muchos han empezado a prepararse para la recolocación. Sin embargo, dos tercios de los habitantes no han vivido en sus cabañas lo suficiente como para poder acogerse a la medida y no tienen otra opción que trasladarse a otro asentamiento o acampar en un terreno desolado en otra parte.

La denominación de «subciudad» no se refiere solo a las inadecuadas condiciones de vida y a la falta de servicios básicos con las que tienen que vivir los habitantes del área hiperdegradada. Simplemente vivir en Annawadi es ilegal, está acompañado de un estigma de subversión y criminalidad del que la gente de la supraciudad está libre por definición. Significa que desde la cuna a la tumba, a los subciudadanos no se les reconoce ni siquiera un mínimo de respetabilidad u honor. Entonces, ¿por qué participan en las elecciones? Como es de sobra conocido, los pobres lo hacen con mayor fervor que los segmentos acomodados del electorado indio. Boo sugiere que su disposición para hacerlo demuestra su pretensión de inclusión:

Lo decisivo era el acto de votar. Los habitantes de las áreas hiperdegradadas que estaban criminalizados por el lugar donde vivían y por el trabajo que realizaban eran en este caso iguales a cualquier otro ciudadano de India. Eran una parte legítima del Estado, si podían estar incluidos en el censo.

El voto es saltar sobre la barrera que han levantado las autoridades para mantener a las masas firmemente más allá del ámbito del Estado. Estar registrado es ser reconocido como residente y otorga a los *sans papiers* una reclamación de legalidad. Esta es la razón por la que las gentes de Annawadi están tan deseosas de obtener una tarjeta de elector, más como un documento oficial de su presencia que como medio de sufragio. A la inversa, los patronos políticos en la supraciudad necesitan de los bancos de votos en la subciudad para mantener su control del poder. Los caciques de las áreas hiperdegradadas son indispensables para ello, dado que se encargan de la captación y la distribución del dinero y la bebida necesarios para ganar o consolidar un escaño en la asamblea municipal o estatal. Desde luego, el dónde y cuándo emitan los pobres sus votos no significa que el resultado político les favorezca.

Exasperada por las profundas capas de miseria en Annawadi que ha sacado a la luz, Boo se pregunta, «¿por qué no implosionan más nuestras desiguales sociedades?». La respuesta algo simple que da a esta decisiva pregunta es que,

lamentablemente, ella no ha encontrado fundamento a la idea de una comunidad mutuamente solidaria entre los pobres:

Los individuos indefensos culpan de sus carencias a otros individuos también indefensos. Algunas veces tratan de destruirse los unos a los otros. Algunas veces [...] se destruyen a sí mismos en el proceso. Cuando eran afortunados, como Asha, mejoraban su suerte arruinando las oportunidades de vida de otros pobres.

Aunque simpatice con la desilusión de Boo sobre la falta de solidaridad entre los oprimidos –su envidia y desconfianza mutua– estoy totalmente en desacuerdo con que su explotación y opresión estén causadas por su incapacidad o falta de voluntad para unirse en una acción conjunta. No se trata de que la evidencia factual de Boo sea defectuosa o esté tergiversada, sino que no es completa. La acción colectiva en base a líneas verticales de dependencia se adapta a algunos de sus informantes mejor que invertir en lazos horizontales de reciprocidad y comunidad. Por ejemplo, a Asha no le importa tener relaciones sexuales con un policía o un político si eso es lo que hace falta para ser nombrado cacique del asentamiento y finalmente estar al alcance de la supraciudadanía. (Los niños de Annawadi son incómodos testigos de muchos ejemplos de este intercambio extramarital). No discuto la opinión de Boo de que el área hiperdegradada es un cruel campo de batalla donde las gentes son propensas a promover su propio interés en vez de superar lo que las mantiene divididas. Como se lamenta Zehrunisa Husain, la madre de Abdul, «estamos muy solos en esta ciudad». Sin embargo, buscar en su entorno el origen de la pobreza, y acusarles de fracasar en remediar su miseria por medio de la acción colectiva, desde mi punto de vista es algo que se acerca a culpabilizar a las víctimas.

Boo puede haber sido llevada a expresar esa opinión por el hecho de que el lugar de su investigación también era el marco de su análisis; en su búsqueda de una explicación puede haber estado demasiado cerca de la gente a la que retrataba. Aquí se podría objetar que Boo se movió fuera del área para comprender y contextualizar asuntos locales en un escenario más amplio: hizo el esfuerzo de analizar más de tres mil documentos públicos, gracias a las solicitudes hechas a diversos organismos gubernamentales invocando la Ley del Derecho a la Información. Obtener esos documentos le permitió investigar las interacciones de la población de Annawadi con la policía de Bombay, las autoridades sanitarias y educativas, los funcionarios electorales y de distrito, los tribunales y las morgues. Esta encomiable extensión en la escala de su investigación permitió a Boo revelar los medios por los que una mezcla de corrupción e indiferencia borra del registro público las experiencias diarias de los ciudadanos pobres.

La desenfrenada práctica de la extorsión de la que caen presos los habitantes del área hiperdegradada corre a cuenta de funcionarios y políticos que privatizan

su autoridad pública, dando un ejemplo de lo que he llamado la informalización de la política y la administración. Lejos de mostrar preocupación alguna por el bienestar de sus subciudadanos, el gobierno indio ni siquiera reconoce su extrema miseria. Boo sarcásticamente resume la idea que tiene el Estado:

Prácticamente nadie en el área hiperdegradada estaba considerado pobre según las referencias comparativas oficiales indias. Por el contrario, la población de Annawadi estaba entre los más o menos cien millones de indios liberados de la pobreza desde 1991, cuando, aproximadamente en el mismo momento en que se fundaba el asentamiento, el gobierno central abrazó la liberalización económica. La población de Annawadi era así parte de una de las más conmovedoras narrativas de éxito de la moderna historia del capitalismo global de mercado, una narrativa que todavía se mantiene.

Si los funcionarios del Estado aparecen bajo una luz poco favorecedora, los benefactores de la sociedad civil no tienen una reputación mucho mejor. Las agencias no gubernamentales están llamativamente ausentes de Annawadi pero, en los pocos casos en que aparecen, estos voluntarios suministradores de beneficencia no son menos corruptos que los funcionarios del Estado. La hermana Paulette, que dirige el orfanato de las Siervas de la Santísima Trinidad, vende comida y ropa donada para sus necesitados pupilos; la utilización de frases como «huérfano con SIDA» la ayuda a obtener dinero de extranjeros, aunque echa a los niños cuando se ve el fraude en que se basa su trabajo de caridad.

Boo nos ha dado un incisivo retrato de la vida en el área hiperdegradada, y no estoy de acuerdo con aquellos que han sugerido que su crítica de políticos y burócratas indica un sutil alineamiento con el credo neoliberal, inclinado a reducir el Estado y promover la libre empresa. Eso me parece una injusta distorsión. Boo tiene una clara opinión crítica del impacto de la globalización sobre las vidas de los pobres. También es bastante razonable, en cierto sentido, que Boo no esté interesada en presentar sus hallazgos como están acostumbrados a hacerlo los científicos sociales, enmarcándolos dentro de un lienzo más amplio. Aun así, hay alguna ligera miopía en la mirada de la narrativa, parecida a la perspectiva de Isherwood sobre la empresa que dirigió en Alemania durante la década de 1930, y que le llevó a escribir al principio de *Goodbye to Berlin*: «Soy un cámara con su disparador abierto, totalmente pasivo, registrando, no pensando». Boo podría haberse beneficiado, por ejemplo, de estudiar el comercio de chatarra que conecta los montones de desechos y las zonas vedadas donde actúan los recolectores de basura con los mercados donde los desperdicios se venden y reutilizan. Aunque menciona el hecho de que más de la mitad de la población de Bombay vive en áreas hiperdegradadas, Annawadi no está situada en el tejido general de la economía de la ciudad. Señalar simplemente que Mukesh Ambani observa las subciudades de Bombay desde las

veintisiete plantas de su rascacielos donde los cinco miembros de su familia son atendidos por seiscientos criados, no compensa la falta de una perspectiva más amplia sobre una sociedad inclinada a la desigualdad y sobre un depredadora economía capitalista que no está dispuesta a incorporar a los trabajadores pobres con unas condiciones de empleo decentes.

En el relato de Boo falta, por encima de todo, el régimen de informalidad, aunque constituye el telón de fondo de todo lo que transpira en Annawadi. Esto va mucho más allá de la ausencia de compañerismo entre los habitantes del área, de su constante negativa a compartir el trabajo escaso y los recursos disponibles, sobre lo que Boo se muestra con razón desesperada. ¿Por qué no pueden juntarse estos hogares, poniendo fin a su mutuo antagonismo? Porque invertir en la afinidad puede ser un negocio arriesgado y costoso, y porque la tendencia es no atender demasiado fácilmente las llamadas de ayuda, incluso de parientes cercanos. Desde luego, la verdadera cuestión es cómo superar la mercantilización de las relaciones como el principio organizador que estructura no solo la interacción entre vecinos, sino también entre los miembros del mismo hogar. Los niños de Annawadi han contado a Boo cómo los lazos que los atan a sus padres son instrumentales y contractuales, a menudo faltos de amor y cuidado; la mano de obra que suponen se convierte en la verdadera medida de su permanencia en la casa. Durante su crianza pierden gradualmente los sentimientos de empatía que habían expresado libre y generosamente a una edad más temprana, una moral que no pueden permitirse alimentar en la desesperada búsqueda de la supervivencia. En su epílogo, Boo escribe:

Al realizar mi informe, me veo continuamente sacudida por las imaginaciones éticas de gente joven, incluso de aquellos que están en circunstancias tan desesperadas que el egoísmo sería un activo. Los niños tienen poco poder para actuar sobre esas imaginaciones y, para cuando crecen, se pueden haber convertido en adultos que continúan andando mientras un agonizante recolector de basuras muere lentamente en la cuneta, que se alejan cuando una mujer quemada se retuerce, cuya primera reacción cuando un desafiante joven bebe veneno para ratas es encogerse de hombros.

Las múltiples fuerzas que explican este cambio moral antes de la pubertad no se especifican. Pero arrojar luz sobre el proceso de mercantilización, cuyas consecuencias están tan íntima y poderosamente narradas, y centrarse en la economía informal como el corazón de la cuestión, puede ser un buen comienzo. También exigiría una clase diferente de análisis que fuera más allá del lugar de la investigación. Lo que está claro es que permanecer enfangado en la pobreza no es el producto de las deficiencias de los condenados de la tierra, sino que surge desde fuera, de la política y las políticas impuestas por la supraciudad. Ese veredicto, si Boo estuviera dispuesta a firmarlo, se podría haber establecido en términos más explícitos